

# MOISÉS

**Luis Roa**

En la facultad de Derecho de fines de los ochenta se hablaba de él. De un tipo distinto, que te daba derecho laboral mostrándote el texto y el contexto. Se decía que te explicaba el 17 de octubre de tal modo que no tenías opción de querer mojarle las patas en la fuente.

Me intrigaba cursar con él, hasta que finalmente lo hice allá por el invierno del 90 cuando Goicochea atajaba penales y Maradona en un pie sacudía la Italia altiva. Y fue devoción a primera vista.

Y lo empecé a seguir, y no había lugar donde estuviere que no lo fuera a escuchar... que La Matanza, que Morón, que La Plata, y yo iba, que un Congreso de Faes o una charla en la facultad, y yo iba, con la fascinación que me provocaba cada palabra de él, con su convicción forjando la mía, en una década que amenazaba ser tan líquida.

Y ahí estaba él, construyendo dentro mío un nuevo domicilio existencial: el derecho social. Y lo hacía siempre con esa mirada y perspectiva desde los de abajo, desde la periferia, desde el Sur, desde la alteridad de los nadies. Ahí, como aún lo sigo viendo.

Y de tanto seguirlo... un día recuerdo bien, en un Congreso multitudinario de Faes, allá en el teatro San Martín, por el 91, ¿o el 92?, yo iba saliendo y él entrando a las corridas, cargado de libros, fotocopias viejas remarcadas cien veces con resaltadores, se da vuelta y me dice... - Roa... estoy llegando a tiempo? Y me temblaron las piernas: ¡sabía mi apellido!, sabía que existía, y la verdad no sé que le dije porque creo que aún sigo

tartamudeando. Yo era nadie, y él se había fijado en mí, como lo hacía con todos y todas, como lo hizo siempre...

Me acuerdo que de aquel cruce de palabras le robé el teléfono y un encuentro. Me dijo si no pasaba una mañana temprano por la casa y lo acompañaba al Tribunal de San Justo donde era Juez. Contento y presuroso le dije que sí, y lo pase a buscar como a las seis de mañana con la expectativa de aprovechar ese viaje con él... sorpresa fue la mía cuando en vez de ir en auto, nos pasamos como dos horas arriba del colectivo 55 y agarrados de un caño, hablando sobre derecho, política, fútbol, el compromiso... me contó aquella vez su historia con Jauretche, y como él lo había seguido a todas partes hasta que un día el gran Arturo le dio bola: me vi espejado en esa historia, como la mía, como la de tantos y tantas pibes que se le arrimaban y él sin excepción siempre te tiraba un centro.

Lo recuerdo como hoy, lo vivo como hoy. Me decía enorme en su humildad frente a mi inexperiencia técnica... - Luis! ¡Pero yo te llevo solo quince minutos!, ¡lo importante es poder mirar desde una politización de lo social!, ¡poder ver la realidad que el derecho oculta!

Sería allá por mitad de los noventa que un día me llamó para decirme si no quería sumarme con él a dar clases, y ahí fui, a seguirlo como siempre como perro faldero en la mítica Comisión 512 de la Facultad de Derecho: era imposible con los horarios, había que mentirle, decirle veinte minutos antes que ya no quedaban más minutos... y aprendí en cada escapada a todas partes que le tenía que mentir con los tiempos, sabiendo que él sabía que yo le macaneaba..

Y estuvimos durante años de acá para allá. Como olvidarme cuando a finales de los noventa, andaba yo muy mal de plata, y le comenté que tenía ganas de hacer una maestría de la Facultad de Sociales en la cual él era docente. ¿Y sabés que hizo? Me llamo un día para que lo acompañe luego a ese posgrado, y me

dijo: - Luis, vos no vas a hacer la maestría como estudiante, vos te venís conmigo como docente... jamás me voy a olvidar de ese gesto de desprendimiento visceral. Como la vez que sabiendo mi situación, y con una hija recién nacida compartió conmigo cajas y cajas de ropa de su nietita, que una de sus hijas había juntado para nosotros. Ese era él. El íntegro, el completo.

Me viene la memoria y lo veo como si fuera hoy, cuando apareció en la clase lleno de paquetes de regalo y me dijo – me jubilé, ahora vamos a tener más tiempo... No sabía que pronto lo jubilarían de la facultad apenas tres años después. Y ahí vino el desahucio de no encontrarle la vuelta al momento y hasta tal vez un poco agotado de ver como los nuevos tiempos entraban a saco por nuestros sueños y utopías. Le dije – Moisés, en el cajón las manzanas están podridas, y me respondió – entonces, hay que ir al árbol... Y fuimos al árbol, y ahí, a Quispe, a Palmeiro, sumamos a Lule Padín, Sergio Sisro, las Natis, Andreu y Salvo... y volvimos con tantas fuerzas y tanta vida porque no se equivocó en absoluto en cada uno de ellas y ellos. Siempre creyó en el árbol, en las y los jóvenes, en lo que viene, en lo que ya es.

Es increíble, ¿no? Viene a la memoria aquella vez hace casi quince años, en que le hicimos un libro, y un homenaje, al cual yo me resistía, porque me negaba a despedirme antes de tiempo, como me niego ahora... y lo único que aparecen son estos y tantos otros momentos en los que lo consideré definitivamente mi padre. Qué paradójico, si hubiera un hilo conductor entre tantas y tantos jóvenes que lo conocieron, o como el joven que fui, tal vez sea el de haber sido padre de tantas hijas, tantos hijos, que lo amaron, y sienten la orfandad de su ineludible presencia.

Hoy lo extraño, como lo extrañé tanto los últimos años que nos tuvimos poco, pero sabiendo que era bien querido por muchas y muchos.

Ahora andará por ahí, una estrella mas en el firmamento del Sur, orientándonos por donde ir cuando andemos a tientas, sabiendo que siempre – pero siempre - es con ellos y ellas, los desheredados, los de abajo, los y las que tienen hambre y sed de justicia.